

CAPITULO CLXIII.

El puerto de San José; lo que era cuando estuvimos en él. Detección que sufrimos. Trato fino y complaciente con nosotras del Comandante del puerto. Nuestra vida mientras permanecimos allí. Tardanza de la llegada del vapor en que debíamos embarcarnos; incidentes y bromas á que esto dió lugar, y como procurábamos disipar el fastidio que su tardanza nos causaba. Llegada del vapor. Nuestro embarque.

La rada de San José está situada á los 13° 56 de Lat. Norte y 90° 42 de Long. Oeste del meridiano inglés; el puerto es una poblacion naciente que aun no está del todo formada; sin embargo habia ya mejorado mucho desde la época en que por primera vez la vimos: componiase como de doscientas casas la mayor parte de madera, pero formando calles y entre mezcladas con los árbo-

les; en la plaza habia algunas tiendas y la Iglesia era de cal y canto, bastante aseada y no tan pequeña: el número de habitantes en esa época seria como de 600 y su aspecto era el de una poblacion naciente mas bien que el de un puerto ya formado; véase poquisima ó ninguna animacion. Sus mejores edificios y sus únicas casas de altos, eran la Comandancia militar donde habitabamos, y la casa de Viteri, ambas de madera y situadas en la playa, tambien habia grandes galeras destinadas á servir de almacenes para guardar los cargamentos, y hacer el reconocimiento y revision aduanal.

Los muchos pantanos que están cerca de la poblacion la hacen mal sana y enfermisa.

Por una de esas imprevistas casualidades no habia aun llegado el vapor y esperandolo de un momento á otro, tuvimos que permanecer doce dias, la cual nos contrarió en extremo y se nos hizo muy larga y fastidiosa la permanencia en él.

El Comandante que era en esa época el Sr. Grungaray, procuraba amenizárnola cuanto le era posible siendo con nosotras estremadamente fino complaciente y obsequioso cosa que á todos tenia asombrados pues era de un carácter muy seco y retraido, y todos le temian tratandolo con un respeto servil en el que se descubria el terror; nosotras por el contrario lo tratabamos

con la mayor confianza y el se mostraba cada dia mas cariñoso y siempre contento y de broma.

Como sus huéspedes, nos habia dado el mejor apartamento de la Comandancia; nos acompañaba á la hora de comer, é iba con frecuencia á buscarnos á nuestras piezas, consagrandonos todos los momentos que le dejaban libres sus ocupaciones: fué en una palabra con nosotras un cumplido caballero, y nada mas justo, que el que le dediquemos en estas páginas, un recuerdo de gratitud.

Nuestra vida en San José era muy sencilla: nos levantabamos temprano y con positiva delicia nos poniamos á contemplar los hermosos celages que se reproducian en la mar que imponente y magestuoso se estendia delante de los balcones de nuestra habitacion; las mañanas eran frescas y una dulce brisa venia acariciarnos; despues del desayuno y de conversar un rato nos dirijiamos á la poblacion, ibamos al Templo y en seguida visitabamos á alguna de las principales familias allí establecidas, ó recorriamos el comercio y comprabamos fruta, dulces, biscochos; como á las 11 regresabamos á la Comandancia donde pasabamos muy fastidiadas el resto del dia agobiadas por el calor, leyendo ó reclinadas contemplando las olas del pacifico que venian embravecidas á estrellarse en las arenas de playa.

A la caida de la tarde saliamos siempre á presenciarse la puesta del sol unas veces ibamos a pasear al muelle y otras á lo largo de la playa recogiendo las conchas que habia en la orilla y jugabamos con las olas al acercarse y retirarse de ella bañándonos á veces en su espuma, y otras estrellándose en nuestros piés.

La reventason en San José es muy fuerte, á veces es hasta imponente el mugido de las olas; regresábamos por lo comun de nuestro paseo ya al oscurecer, y despues de la cena formábamos tertulia en el corredor hasta las diez, cantando unas veces al claro de la luna, y otras en amena conversacion contemplando las aguas del Pacifico.

Esta era nuestra vida con muy pocas variaciones en espera siempre de la llegada del vapor en que debiamos embarcarnos, cuya tardanza era para nosotros una nueva contrariedad y motivo de disgusto.

El comandante se reía mucho de nuestra impaciencia y continuamente estaba bromeando con nosotras sobre esto. Una noche, serian como las dos de la mañana, todos dormiamos tranquilos, cuando un prolongado repique, algunos disparos de cañon, y la voz repetida de pieza en pieza: «El vapor,» vino á despertarnos: nos incorporamos violentamente en nuestro lecho gritando á nues-

tra vez ¡El vapor! y poco despues saliamos de la pieza para contemplar el buque que creiamos ver anclado á poca distancia del muelle; pero nuestros ojos buscaron en vano, nada se veia, y tuvimos que resignarnos á que amaneciera para satisfacer nuestro deseo. volviéndonos á nuestras piezas y acostándonos de nuevo. A la mañana siguiente la primera mirada que dirigimos fué al océano; pero ¡oh decepcion! sólo cielo y agua ofreciase á nuestra vista; el vapor no habia llegado, y todo habia sido tan solo una broma del comandante con que habia querido chasquearnos; nos pusimos serias por la broma; le hicimos algunas indicaciones, pero él se reia de nuestro disgusto, y acabamos por reirnos todos de lo que habia sucedido.

El siguiente dia era domingo; nos divertimos con ver la revista y el ejercicio de los soldados, y en la tarde recibimos la visita de varias personas que habian llegado de Guatemala, y la familia de Viteri; todos juntos fuimos á pasear al muelle y á lo largo de la playa, en la noche, estuvimos cantando al claro de la luna.

Otra mañana el tañido del cañon nos arrancó tambien del sueño; por un momento creimos que seria el vapor que llegaba, pero con lo que antes nos habia pasado ya de todo desconfiábamos; al levantarnos buscamos con avidéz en las aguas

del Pacífico, pero solo vimos anclados los buques de vela que antes habia; nuestro desconsuelo fué grande, y preguntando si los cañonazos de la madrugada habian sido un nuevo chasco, se nos dijo que no, que era el dia del santo del comandante y por eso se le habian hecho los honores; durante el dia tuvimos fiesta, y en la noche serenata hasta las nueve.

El siguiente dia ancló un vapor en el puerto, pero no era el que debia conducirnos; venia de Acapulco y regresaba á Panamá: pintar la tristeza que nos dió ver embarcarse á los pasajeros, y lebantar anclas el vapor para emprender su marcha, no es posible; nuestro desaliento era inmenso y no podiamos ocultar el mal humor y la contrariedad que nos dominaba.

Aquella misma noche estabamos cenando, cuando entregaron al comandante una carta; éste la leyó y dandonósla despues nos dijo que tendriamos que esperar ocho dias mas; esa carta era del agente de los vapores y le anunciaba que habiendo sufrido un trastorno la línea, no pasaria el vapor para California sino hasta dentro de ocho dias: Esto nos impresionó mucho y comenzamos á deplorar lo que nos pasaba: aquella carta era una nueva broma del comandante y el vapor estaba ya al llegar al puerto.

Pasabamos el dia muy disgustadas, pero en la

noche circuló una noticia que nos hizo olvidar el vapor y nuestro disgusto. En las inmediaciones de la poblacion habia una partida de revolucionarios, se decia que aquella noche atacarian el puerto y todos por consiguiente entraron en alarma. El comandante comenzó á dictar órdenes y á las ocho de la noche estaban ya levantados todos los puentes, atrincheradas las puertas, colocadas en su lugar las piezas de artillería y completamente dispuesta la Comandancia para repeler el ataque y defenderse. Nadie podia ya á aquella hora entrar ni salir de ese recinto y por todas partes solo se veian los aprestos de un combate; en medio del temor que aquello nos inspiraba, presintiendo los acontecimientos y desgracias que podrian sobrevenir, nos agradaba sin embargo presenciar esos preparativos, y estar en el foco mismo de la alarma.

Como á las diez nos retiramos á nuestras piezas, nadie dormia aquella noche; los soldados estaban diseminados en sus puestos y el comandante iba y venia por todas partes vigilando y dando sus órdenes. Apenas comenzabamos á dormir cuando nos despertó un disparo de cañon; nos levantamos con sobresalto y salimos á ver lo que pasaba: los soldados corrian por todas partes, el comandante reprendia, y hubo un momento de agitacion y positiva alarma; pero ¡oh con-

tento! léjos de ser el enemigo el que habia hecho aquel disparo del cañon, era el vapor que anunciaba su llegada y nosotras llenas de alboroso y alegría celebrabamos poder el dia siguiente continuar nuestro viaje, así fué en efecto.

Largo rato nos detuvimos contemplando el tan deseado vapor que habia anclado frente al muelle y su luz roja nos llenaba de contento; al vernos el comandante vino á hablarnos, y salimos al comedor á conversar con él un rato; cuando estando allí llegaron doce hombres que habian ido á presentarse, los armaron delante de nosotras, les enseñaron el manejo de las armas y los alicionaron para el caso en que atacara el enemigo, todo esto como nuevo y extraño nos agradaba, y nos caia en gracia vernos rodeadas de soldados, presenciar los preliminares de un combate, y todos esos aprestos militares.

Nada sin embargo anunciaba la proximidad del enemigo; serian las 12 cuando regresamos á nuestras piezas y todo estaba tranquilo. La noche se pasó sin que vinieran á atacar el puerto despertándonos en la mañana unos repiques que anunciaban la llegada del vapor.

Llenas de contento nos dirigimos á la poblacion visitando por última vez el Templo, compramos algunas cosas, y nos despedimos de las pocas personas á quien habiamos tratado.

El Comandante se mostró muy pesaroso de nuestra partida, y estas demostraciones de simpatía escitaban nuestra gratitud; al fin en la tarde acompañadas de él, la mayor parte de los empleados y vecinos nos dirigimos al muelle donde nos despedidos y bajamos por medio de una maquina á la lancha que nos trasladó al vapor á las 3 de la mañana siguiente levantamos el ancla y abandonamos no sin algun sentimiento las playas de San José.

CAPITULO CLXIV.

El vapor Honduras y capitan que lo mandaba. Como se hizo agradable la travesía. Puertos en que tocamos. Champerico. San Benito. Tonalá. El aspecto de las poblaciones contempladas desde el buque, y consideraciones que esto exitaba en nosotros. Visita hecha al vapor por varias personas en este último puerto. Precauciones tomadas en el vapor al acercarse al Golfo de Tehuantepec. Salina Cruz. Las indias de Tehuantepec. Lo que sucedió antes de la llegada á Puerto Angel, donde debiamos arriivar. Desembarque y recepcion que tuvimos, poética y pintoresca entrada que presenta este puerto.

El vapor en que nos embarcamos era grande y hermoso, prestaba toda clase de comodidades y la asistencia era esmerada; llamabase: "El Honduras" y estaba considerado como el mejor de la línea. Por una gran coincidencia su capitan era Mr. John M. Dow el mismo que nos habia con-